

Año: V, Mayo 1964 No. 79

N.D. Es muy corriente oír decir: ¡Qué está pasando en el mundo! Los países dirigentes o dirigidos siguen una política imposible de comprender, actúan en forma incongruente con lo que dicen ser su filosofía. La incomprensión de los observadores ajenos a los grupitos que mandan, se atribuye a la falta de acceso a suficiente información y datos del momento, a desconocimiento de las circunstancias.

Pero toda acción presupone una filosofía, unos objetivos, unos principios. El hombre no actúa irracionalmente cuando puede evitarlo. Puede equivocarse, pero sus actos, en general y en conjunto, revelarán su filosofía, sus principios e inclusive su grado de comprensión de los problemas. No obstante, hombres que académicamente reconocen valores tales como la libertad, la propiedad, la necesidad de gobiernos de leyes y no de hombres, actúan en forma totalmente opuesta. Transan con sus principios, porque «hoy día, en el siglo XX, ya no se puede...» La regla hoy día es la ausencia de la misma, la arbitrariedad y el principio de que el fin justifica los medios.

Otros atribuyen la confusión del mundo a una conspiración ideológica dirigida por éste u otro grupo, cuyo sistema es mantener la división y los antagonismos, para así reinar.

Aunque para explicarnos «qué pasa en el mundo» recurramos a múltiples teorías, un hecho indudable es que el consenso de opinión es lo que dirige a los gobiernos: los que desean obtener el poder proclaman su intención de satisfacer los deseos del «consenso de opinión» al triunfar en las urnas. Los que logran el poder gastan sumas fuertes a través de sus aparatos de propaganda para mantener un consenso de opinión favorable al régimen. No importa si gobiernan por mandato electoral o por imposición de fuerza: si desean conservar el poder, deberán mantener un consenso de opinión favorable, ya que, de lo contrario, ofrecen oportunidad a sus opositores de sustituirlos. De manera que el consenso de opinión es, en alto grado, lo que dirige la política. Entonces, si el mundo anda mal, deberíamos ver si el «consenso» anda mal, como se ha formado, y si se ha adoptado erróneamente doctrinas y principios equivocados.

El mundo intelectual no puede darse el lujo de no reexaminar su filosofía ya sea para confirmarla o modificarla, so pena de mantener a la gran mayoría de la población del mundo en un estado de pobreza indefinidamente.

El siguiente artículo del Dr. Hans Senholz, hace un valioso e interesante análisis de lo que hoy ha ocurrido en el pensamiento académico universitario, y sus agudos comentarios pueden ayudarnos a ir aclarando nuestros juicios sobre «qué pasa en el mundo».

La Enseñanza Actual y la Ciencia Económica

Por casi dos mil años, la investigación de problemas económicos fue obstaculizada por algunas opiniones de Aristóteles. En sus escritos «Política» y «Ética Nicomachea», que influyeron grandemente en el pensamiento económico posterior, Aristóteles expresó la opinión de que el intercambio es imparcial y justo sólo en tanto que cada parte recibe exactamente tanto cuanto le da la otra. Las cosas que se intercambian se comparan a través de un cuadro de valores que descansa en las necesidades del hombre y que luego se truecan con base en la igualdad. Esta idea de la igualdad en el intercambio, juntamente con otras sobre ética, lógica y política fueron adoptadas sin mayor investigación por los escolásticos, especialmente por Tomás de Aquino. Se infiltraron aun en las teorías de los economistas clásicos, quienes diferían de Aristóteles en cuanto a que consideraban la cantidad de trabajo realizado, como el cartabón absoluto del valor. Según Adam Smith, «el trabajo es la verdadera medida del valor cambiario de todos los artículos».

Desde 1870 en adelante, el inglés Jevons, el suizo Walras y los austriacos Menger, Wieser y Böhn-Bawerk destruyeron Irrefutablemente este cimiento tradicional. La escuela austríaca construyó una nueva base sobre el conocimiento de que el intercambio resulta de una

disparidad en la evaluación individual, más bien que de la igualdad de los costos laborales. Según Menger, el fundador de la escuela, «el principio que conduce a los hombres al intercambio es el mismo principio que les guía en su actividad económica en general; es el propósito de asegurar la mayor satisfacción posible de sus necesidades». El intercambio termina tan pronto como una de las partes interesadas juzga que los dos bienes son de igual valor. Y asignamos un valor a los bienes económicos, no porque su manufactura tenga costos laborales, sino que, a causa de la «importancia que le atribuimos primeramente a la satisfacción de nuestras necesidades, es decir, de nuestras vidas y bienestar, y de consiguiente lo extendemos a los bienes económicos, como origen exclusivo del alivio de nuestras necesidades».

La fama duradera del profesor von Böhn-Bawerk descansa en la elaboración y popularización de la teoría del valor subjetivo aplicable al intercambio directo. Su análisis del valor y del precio en su libro «Teoría Positiva de Capital» es una de las exposiciones más lúcidas y convincentes que sobre la relación causal hasta ahora haya aparecido sobre la evaluación individual y la determinación de precios. Sobre esta base, Böhn-Bawerk elaboró su famosa teoría de tiempo-preferente del interés, que fue perfeccionada más tarde por Wicksell, Fetter y Fischer. Sin embargo, correspondió a otro representante de esta escuela prominente, Ludwig von Mises, extender la teoría del valor subjetivo también a los problemas del dinero e intercambio indirecto, que, de hecho, completan la teoría general del intercambio personal.

El valor y el precio constituyen la base verdadera de la economía del mercado libre y de su sociedad, ya que es por medio del valor y de los precios que el pueblo, que es el soberano en la economía de mercado, justifica y dirige el proceso productivo. No importa cuál sea su motivación final, sea material o idealista, noble o ruin, el pueblo juzga los bienes y servicios según su capacidad de satisfacer sus propios objetivos deseados. Ellos asignan valor a los bienes de consumo y determinan sus precios. De acuerdo con la irrefutable «teoría de imputación» («imputation theory») de Böhn-Bawerk, llegan hasta determinar indirectamente los precios de todos los factores de producción y la renta de cada miembro de la economía de mercado. Los empresarios y capitalistas son, sencillamente, sus agentes que deben proveer sus deseos y preferencias. A través de la operación del valor y los precios, los consumidores de hecho deciden en realidad, qué es lo que se ha de producir y en qué cantidad y calidad, dónde ha de producirse y por quién; qué método de producción ha de ser empleado, qué material ha de usarse y toman también muchas otras decisiones. Verdaderamente, la batuta del valor y del precio hace de cada miembro de la economía de mercado, un director del proceso de producción.

Desafortunadamente, la enseñanza de estos principios básicos de la economía ha desaparecido virtualmente del currículo de nuestras universidades y escuelas. La instrucción sobre el valor y los precios ha sido reemplazada por cursos sobre «producto e ingreso nacionales», «economía laboral», «economía agrícola», «el panorama político de negocios contemporáneos», etc. Algunos instructores llegan hasta negar la existencia de las leyes del mercado que determinan los precios, los salarios y las tasas de intereses. Para ellos, el sistema de libre empresa es gobernado por la ley de la jungla, que permite a los especuladores y capitalistas, hacer presa del sudor y sangre de los trabajadores. Se dice que sólo los más capaces sobrevivirán. Estos críticos obviamente prefieren el control gubernativo completo sobre las acciones económicas de individuos, es decir, el socialismo

al sistema de empresa individual. Otros no niegan que hay una interrelación causal en los fenómenos del mercado, pero creen que las leyes del mercado dañan los intereses vitales de la vasta mayoría de la gente. Denuncian al capitalismo como un sistema inmoral porque permite adquirir bienes, causa desigualdad en la riqueza y renta y, por lo demás, está reñido con la decencia y justicia. Estos críticos, que componen la gran mayoría de los instructores en economía, recomiendan varios grados de intervención gubernamental para suprimir los rasgos indeseables de la economía libre.

Sin embargo, la teoría económica revela irrefutablemente que la intervención del gobierno causa efectos que tienden a ser indeseables, aun desde el punto de vista de los que la formularán. Interferir con precios, salarios y tasa de interés por medio de órdenes y prohibiciones gubernativas es privar a las personas de su posición central como soberanos en el proceso de mercado. Obliga a los empresarios a obedecer órdenes oficiales en lugar de atender a los fallos sobre el valor y a las indicaciones sobre los precios que dan los consumidores. En pocas palabras, la intervención gubernativa pone cortapisas a la libertad económica de la gente y aumenta los poderes de los políticos y de los funcionarios del gobierno.

La teoría del valor y del precio también demuestra que la intervención gubernamental en las decisiones económicas del pueblo estorba y mutila la economía de la empresa individual. La interferencia en los precios, por ejemplo, crea ya sea escasez, ya sea sobreabundancia. Aumentar el salario mínimo por sobre lo determinado por el mercado, a fin de beneficiar a los grupos de bajos ingresos, es causar su desempleo. En forma similar al proceder de los sindicatos que imponen aumento en los salarios más allá de lo establecido por el mercado, solamente logran crear desempleo. Los centros de nuestros sindicatos se han convertido en áreas de desempleo y nuestras industrias sindicalizadas están plagadas por inadaptación y desmedro.

La interferencia por medio de impuestos puede tener por objeto suprimir o limitar la producción de ciertos bienes que demandan los consumidores o a expropiar ciertos ingresos o riquezas. Pero ello causa consumo de capital, o por lo menos retarda su acumulación y así reduce la productividad laboral y el nivel de los salarios. Imposibilita ajustar la producción a los deseos y preferencias de los consumidores. Y, sobre todo, crea una sociedad de clases, en la que se evitan virtualmente los cambios de posición económica y social del individuo. Finalmente, la interferencia gubernamental en la moneda y el mercado de capital puede tener por objeto fomentar abundancia de dinero y crédito, o a la reducción de la tasa de intereses; pero inevitablemente resulta en la desvalorización de la moneda y la destrucción del mercado de capital. El resultado final de una política continua de inflación es la destrucción total del medio de intercambio y el retorno al trueque. Es obvio que la economía de mercado con su vasta división de labores no puede sobrevivir por mucho tiempo los efectos de estas políticas.

Cuando la política intervencionista finalmente da origen a defectos que todo el mundo juzga lamentables, como, por ejemplo, desempleo crónico masivo o inflación desastrosa, los intervencionistas y socialistas, claman por la aplicación acelerada de medidas gubernativas más extremas. Se da ingreso al socialismo. Pero el socialismo simplemente engendra más caos o convierte las personas en dependientes y siervos de un Estado omnipotente. Así es, porque la sustancia del socialismo es que todo poder económico está centralizado en una

persona o en un comité de individuos. En él todas las órdenes e instrucciones provienen de una autoridad central cuyos juicios de valor y objetivos tienen obligatoriedad para el resto de la gente. Una única voluntad central controlará todos los factores de producción mediante órdenes, instrucciones, prohibiciones y multas. Un solo funcionario «central» así maneja y remunera los esfuerzos laborales de toda la población.

La teoría del precio también revela la existencia del problema más crucial del socialismo, o sea la imposibilidad del cálculo económico. ¿Cómo puede, en efecto, el «director» económico calcular los resultados de la producción? Sin él, el denominador común de los precios del mercado expresados en términos de dinero, no puede él comparar el vasto número de las distintas materias primas o materiales, las diferentes clases de trabajo, de bienes capitales, tierra y métodos de producción, con los rendimientos de dicha producción. Sin el cartabón o vara de medir del precio, él no puede determinar si cierta producción realmente aumenta o disminuye la productividad y el rendimiento de un sistema. Es cierto, él puede calcular en cuanto a materias o artículo. Pero este cálculo no permite una comparación numérica entre los costos de producción y los rendimientos. Otros sustitutos socialistas del denominador común del precio, como, por ejemplo, el cálculo del tiempo de labor, son también espurios.

La actividad económica sin el cálculo económico es irracional y caótica. Es por eso que el socialismo empobrece a los pueblos y los esclaviza a la voluntad absoluta de los dictadores económicos. En el mejor de los casos una economía socialista depende de una cruda imitación del mercado libre para evitar un perpetuo y amenazante desastre y su colapso. Es en vano que las dictaduras del socialismo y comunismo desacrediten y vituperen la economía capitalista y ridiculizan el pensamiento económico, como un disfraz ideológico de los intereses de la clase capitalista. Las leyes económicas trabajan silenciosa e implacablemente aun bajo el comunismo.

Hanz F. Sennholz

Traducción del prólogo de VALUE AND PRICE (AN EXTRACT), de Böhn-Bawerk; 14 de febrero de 1964.